

BAILANDO SIN MIEDO

Alejandro siempre fue un chico normal, aunque su familia y amigos esperaban que practicara deportes como el fútbol, el voleibol u otros deportes que se consideraban masculinos, y aunque no le iba mal en ellos, siempre sentía que algo le faltaba.

Había algo dentro de él que deseaba expresar de una manera diferente. Le llamaba la atención el ballet, una actividad considerada femenina y pensaba que, si alguien descubría su pasión por ella, se burlarían de él. Lo que los demás desconocían, era que había sido su deseo secreto toda su vida.

Un día navegando por internet vio un anuncio sobre clases de ballet para principiantes. Era algo que nunca habría imaginado hacer, pero algo dentro de él lo impulsó a inscribirse. Por supuesto que se sintió nervioso e inseguro, y no le contó a nadie la decisión que había tomado; mantuvo el secreto, pensando que si fracasaba nadie lo sabría. Decidió que esa clase sería una vía de escape, una forma de ser él mismo, sin pensar en el miedo al fracaso.

El primer día en el estudio de ballet fue una mezcla de emociones y ansiedad. Era el único niño en la clase, y las alumnas lo miraban un poco extraño. La clase estaba llena de espejos y de fondo sonaba música clásica. Le pareció muy diferente a lo que estaba acostumbrado con respecto a los deportes; aunque los movimientos eran torpes, y su cuerpo no estaba acostumbrado a la elegancia del ballet, pero una voz desde su interior le decía que debía continuar.

La profesora se llamada Verónica, era amable y paciente con Alejandro, y eso hizo que se sintiera más cómodo.

A pesar de las dudas de ser principiante, Alejandro comenzó a disfrutar de la sensación de moverse con música, adquiriendo la disciplina que le exigía la danza y de la forma en que su cuerpo comenzaba a transformarse. A lo largo de las semanas, Alejandro fue mejorando, pero fuera de las clases, las cosas no eran tan fáciles.

Sus amigas comenzaron a notar que no hablaba tanto de fútbol ni de otros deportes a la salida de clase. Una de sus amigos le preguntó con tono burlón:

“¿Es verdad que estás yendo a clases de ballet?, ¿ahora eres una chica?” Alejandro intentó no darle demasiada importancia, pero esos comentarios le hicieron sentir incómodo. La inseguridad que sentía en su interior aumentó y aunque sus amigos no lo decían con malicia, las palabras le hicieron dudar sobre si realmente debía seguir con lo que tanto amaba.

El momento más difícil llegó cuando su padre, al que siempre le contaba todo, le preguntó: “¿Estás yendo clases de ballet?”. Alejandro se sintió atrapado en ese momento y no sabía si decirle la verdad o mentirle. Finalmente le dijo la verdad: “Papá, estoy yendo a clases de ballet porque me hacen bastante feliz. Es lo que quiero hacer, no me importa si los demás me entienden o no.”

Su padre lo miró en silencio durante unos segundos sin saber qué responderle. Alejandro notó la tristeza y la incomodidad en sus ojos, pero también sintió algo más, un inicio de comprensión, aunque no lo dijera en voz alta.

A pesar de la conversación tan tensa con su padre, Alejandro decidió que no iba a dejar que eso lo detuviera. La decisión ya estaba tomada, seguiría con sus clases de ballet y poco a poco empezó a sentirse más fuerte. Empezó a aceptar que lo que amaba por el ballet no definía su masculinidad. El ballet le hacía sentirse libre y le ayudaba a conectar con sus emociones y expresarse de una manera que los deportes nunca le habían permitido.

El día de la competición de ballet se acercaba y no podía dejar de pensar en lo que podía llegar a pasar. Estaba nervioso, con miedo de no estar a la altura, pero cuando llegó al escenario el ambiente cambió, la música lo envolvió y en cada movimiento que hacía el miedo desaparecía. Para él, el verdadero reto no era ganar, sino ser capaz de mostrar lo que de verdad amaba.

Cuando terminó su actuación, aunque no consiguió el primer puesto, Alejandro se sintió como si hubiera ganado algo mucho más importante: la confianza en sí mismo. Mientras salía del escenario respiró profundamente sintiendo que había dado todo de él por primera vez, sintiendo un orgullo creciendo en su pecho, algo que nunca había sentido con los deportes.

Su padre se acercó a él, y aunque no le dijo nada, Alejandro vio en su padre una mirada de satisfacción única de no ser la persona completa que él había esperado, pero algo había cambiado. Por fin su padre entendía que, aunque el ballet no fuera lo que él había deseado para su hijo, no podía negar que era lo que realmente le hacía feliz. Esa mirada le transmitió más que cualquier palabra.

Alejandro sentía que finalmente su padre comenzaba a aceptar quién era, aunque a su manera. A partir de ese momento Alejandro dejó de esconderse, el ballet se convirtió en una parte importante de su vida y aunque aún había personas que no entendían su pasión, él descubrió que ser valiente no significaba no tener miedo, sino enfrentarlo y seguir adelante. Lo más importante era que él se sentía bien consigo mismo.

Con el tiempo Alejandro comenzó a notar que otras personas también se sentían inspiradas por su valentía. Algunos compañeros de clase, que al principio le miraban raro, empezaron a acercarse a él, preguntándole sobre el ballet. De alguna manera su esfuerzo personal había servido de ejemplo para los demás, y eso le hacía sentirse aún más orgulloso de su camino. No solo estaba persiguiendo su sueño, sino que también estaba ayudando a que otros se atrevieran a conseguir los suyos.